

El convidado de Goethe (Presencia antropológica en la obra de Alfonso Reyes)

Félix Báez-Jorge

En Reyes me gusta más cómo su pensamiento
ondula y vibra que el pensamiento mismo.

Luis Cardoza y Aragón

Homenaje a Alfonso Reyes

I

En mi opinión, son tres las vertientes que vinculan el pensamiento de Alfonso Reyes con el conocimiento antropológico, entendido en el más amplio sentido: sus investigaciones sobre temas del folklore (examinado como disciplina o asunto); los estudios sobre religión y mitología griega (una de sus vocaciones preferidas); y sus reflexiones de carácter filosófico en torno a la definición de un humanismo de alcances universales, que tiene en nuestra América su contenido y objetivos. Más que un cuerpo de conocimientos sujeto a los rápidos cambios propios de las ciencias positivas, desde su posición el humanismo se entiende como orientación intelectual cuyo propósito es "poner al servicio del bien humano todo nuestro saber y todas nuestras actividades", para lo cual no es menester "ser especialista en ninguna ciencia o técnica determinada, pero sí registrar sus saldos". Ejercitarla requiere "contar con una topografía general del saber y fijar su sitio a cada noción". El humanismo —puntualiza— se ocupa en las características estables del hombre, características que tales conocimientos meramente atraviesan dejando en ellas sus depósitos. En consecuencia con este enfoque, toda disciplina particular, sin olvidar la antropología, contribuye al ejercicio del conocimiento, "robustece la aptitud de investigación y no estorba, antes ayuda, al viaje por el océano de las humanidades."¹

Armado de esa proverbial capacidad de síntesis que con asombrosa facilidad pasa de la noticia a la interpretación y de ahí a la tesis, Reyes exploró testimonios etnográficos y arqueológicos y se introdujo seriamente

¹ A. Reyes, *Andrenio: perfiles del hombre, Obras completas*, t. XX. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1979, pp. 402-403.

en tratados etnológicos fundamentales. Con intención y profundidad diversas, su vasta obra (criticada por sus aspectos reiterativos y la glosa de ideas cuyo patrimonio autoral en ocasiones no es claramente referido) registra, entre muchos otros, los nombres de J.J. Bachofen, J.F. Mac Lennan, A. Lang, E. B. Tylor, G. Elliot Smith, W.J. Perry, A. Goldenweiser, G. Dumézil, M.P. Nilsson, W. Schmidt, F. Ortiz, R. Linton, y sobre todo J.G. Frazer, autor que le influyó de manera especial. Los grandes ausentes son L.H. Morgan y B. Malinowski. Sin la menor intención de provocación gremial, es factible considerar que hacia el final de los años cincuenta eran escasos los antropólogos mexicanos que abarcaban una información comparable a la que manejaba Alfonso Reyes en las áreas del pensamiento religioso y las mitologías. Se acercó a las lucubraciones del evolucionismo decimonónico y se introdujo en las fantasías del difusionismo radical; su talento y la reciedumbre de su formación humanista le ayudarán a equilibrar y matizar las conclusiones teóricas de estas tendencias. Hoy sabemos que estas ideas (como en el tango que inmortalizó Gardel) fueron apenas "pobres triunfos pasajeros" en la historia de la antropología. De acuerdo al ejercicio intelectual de un erudito, alimentó sus conocimientos en esta materia con fuentes de primera mano, y confrontó la información bibliográfica con la rica experiencia acumulada en su peregrinaje intelectual, atado al oficio diplomático. Recordemos que "hombre de caminos" lo llamó con poético acento Xavier Villaurrutia.

En el ensayo "Marsyas o del tema popular" (firmado en 1941),² Alfonso Reyes resume las diferentes posturas teóricas que se ocupan del estudio de los temas del folklóre. El comentario sinóptico comprende:

1ro. La escuela mitológica que inician los hermanos Grimm y consolida Max Müller hacia finales del pasado siglo. En su perspectiva, los fenómenos folklóricos se consideraban vestigios mitológicos de los pueblos arios, siguiendo la secuencia India, Grecia, Roma.

2do. La escuela oriental que establece el predominio de las tradiciones asiáticas a partir de las civilizaciones de la India y Persia, y en base a los estudios de filología comparada de Joseph Jacobs, Theodor Benfey (1856), y M. Cosquin (1886).

3ro. La escuela antropológica que explica los hechos folklóricos a partir de la comunidad de la especie, los paralelismos de la mentalidad primitiva, sin sobrevalorar el factor de la difusión y los orígenes singulares. Hace mención de Edward B. Tylor y de Andrew Lang a partir de la teoría de las supervivencias, cuyo punto más acabado es *The Golden Bough* (1890) de James G. Frazer.

² Se incluye en *La experiencia literaria, Obras completas*, t. XIV, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1962, pp 21-233.

4to. La escuela finesa liderada por Walter Anderson, Karl Krohn y Antti-Aarne, que agrega a la hipótesis indostánica otras variables de importancia, y propone una clasificación tipológica y de arquetipos. A lo dicho por Reyes cabe agregar que esta tendencia, conocida también como método histórico-geográfico, destaca la necesidad de estudiar el tiempo, lugar, origen, forma original y variaciones de los relatos folklóricos.

5to. La llamada escuela neo-oriental que, en cierta forma, se deriva de la oriental y se vincula a la finesa. Relaciona el folklore con la literatura comparada. Se asocia a los nombres de Franz Boas, Clews-Parsons, George Polivka, entre otros.

6to. La escuela naturalista-simbolista que analiza el fenómeno folklórico como una representación mitológica, símbolo lingüístico, de un fenómeno natural. Tiene en el libro *Religion und Mythologie der Uitoto* (1921-23) de Konrad Theodor Preuss, su obra fundamental.

7mo. La escuela psicoanalítica que explica el folklore a partir de los complejos de la psicología profunda, referencia necesaria a la libido. En este apartado se extraña que nuestro autor no haga referencia de S. Freud, W. Wundt, O. Rank, del brasileño A. Ramos, y sobre todo de C. G. Jung, cuya crítica a las teorías de Adler y Freud mencionaría años después en el artículo "En torno al estudio de la religión griega", resumen de la obra de W.K.C. Guthrie *The Greeks and their Gods* (1950), incluido en su libro *Estudios helénicos* (1957).

Reyes tiene especial cuidado en separar la definición de la disciplina folklórica de los hechos folklóricos, propiamente dichos. En el primer caso advierte:

Como se ve, la ciencia folklórica es rama de la antropología, colinda con la arqueología y la etnología, y desemboca en la historia. No todas las escuelas abarcan todo el asunto del folklore.

Es ésta una correcta apreciación; en la perspectiva de la moderna antropología se identifica como folklore la dimensión de estudios particulares sobre las tradiciones, mitos, cuentos, festividades, canciones, juegos, etc., que se transmiten en forma oral. El término parece haber sido utilizado originalmente por William J. Thoms (Ambrose Merton) en 1846. Años más tarde, Lawrence Gomme (1853-1919) estableció las vertientes históricas, etnológicas y sociológicas que convergían en este tipo de investigaciones.

Al adentrarse en el asunto del folklore advierte la necesidad de evitar que sus hechos no se derramen "a toda opinión apriorística o a toda práctica empírica, por colectivos que sean", transcribiendo la formulación de André Varagnac.

Folklore es el conjunto de creencias colectivas sin doctrina y de prácticas colectivas sin teoría.

Tiene que registrarse en todo su valor analítico su apreciación en el sentido de que, al examinarse los fenómenos folklóricos

hay que añadir todavía un ingrediente de antigüedad, aunque no se remonte hasta la prehistoria. Esto implica una perduración que no necesita llegar hasta nuestros días: basta que el fenómeno haya sobrevivido lo suficiente para relevar una inclinación profunda o para imprimir un carácter sociológico, aunque más tarde lo hayamos visto desaparecer.³

El tema mitológico del sátiro Marsyas que se atrevió con su pobre flauta a competir con la soberbia lira de Apolo y terminó colgado de un árbol "como si él mismo fuera el signo de la música que el viento arranca de las frondas", fue equiparado por Alfonso Reyes a la literatura folklórica, a los temas populares. El símil es bello y sustantivo; Marsyas, el folklore, es "el árbol que canta". La planta que guarda la savia de los pueblos, según mi interpretación.

Precisamente en su resumen comentado al citado libro *Los griegos y sus dioses* de W. K. C. Guthrie, Reyes refiere algunas de las valiosas aportaciones de la antropología y la arqueología al helenismo. Se advierte también su interés por destacar los beneficios recibidos por las disciplinas clásicas a partir de su vinculación con la filología comparada, siguiendo las ideas de Max Müller. Aprecia que con este enlace analítico se asiste al inicio de la historia científica de las religiones, si bien el significado de los dioses se buscaba, equivocadamente, solamente en los mitos. Leamos su prosa superior en esta extensa y necesaria cita:

Y es que el mito había sido el único, había sido la única fuente de información, el documento único. Faltaba que aportaran sus materiales la arqueología y la antropología: la visión de las deidades griegas, como decía Wilamowitz, se reducía a un Apolo de Belvedere, a una Venus Capitolina, imágenes de segunda o tercera mano que corresponden a una época escéptica y estética. (...) Justo es recordarlo, si la antropología prestaba de tiempo atrás útiles contribuciones al helenismo, la nueva arqueología griega apenas data de sesenta años. ¿Cuáles eran, pues, las contribuciones del antropólogo? Los documentos de los viajeros sobre los salvajes de África, Oceanía, América y más tarde, Australia, que proporcionaba datos de comparación con las culturas más atrasadas. La antropología comparada monopolizó la atención por un instante, y pronto se dejó invadir por las inquietudes de la arqueología en constante progreso.⁴

Estas reflexiones escritas en 1950 tienen un antecedente de importancia en su ensayo "Panorama de la religión griega", publicada originalmente en la 2a. *Memoria del Colegio Nacional* de 1947. Alfonso Reyes revisa en este trabajo las orientaciones seguidas en el estudio del pensamiento reli-

³ A. Reyes, "Marsyas o del tema popular", *op. cit.* pp. 52-53.

⁴ "En torno al estudio de la religión griega" en *Estudios helénicos, Obras completas*, t. XVIII, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1982, pp. 144-145.

gioso de los griegos, diferenciando las investigaciones que a partir de las prácticas populares buscan descubrir "las huellas -diríamos- que ha dejado el paso de los fantasmas", de los que coordinan y recogen sus datos a las expresiones literarias de las creencias. Un símil de indiscutible factura etnológica hace evidente su erudición vestida de sencillez. Compara la primera de las tendencias a lo que sería examinar las peregrinaciones anuales al santuario de Tepeyac estudiando los documentos y la crítica especializada, para restablecer los rasgos de la tradición (folklórica y canónica) del supuesto milagro guadalupano. La segunda posición equivaldría a estudiar los perfiles del dogma y de la historia sagrada, ignorando los tratados especializados, centrándose únicamente en los llamados "salmistas": Caspio, Pesado, Francisco de Paula Guzmán, "para no retroceder hasta el Virreinato", concluye nuestro autor.⁵

II

Es claro que caminando por los senderos antropológicos Alfonso Reyes descubrió un rico tesoro de claves y explicaciones para entender el pensamiento religioso de los antiguos griegos; avenidas y luces que no hallaría en los estudios de las disciplinas clásicas. Así por ejemplo, siguiendo a Jane Ellen Harrison, advirtió en toda su complejidad la distinción entre el plano mitológico y el de las prácticas rituales.⁶ Nociones especializadas como *cultos populares*, *animismo*, *fetichismo*, *totemismo*, *culto a los ancestros*, etc., están presentes en sus reflexiones; estudiaría el contenido y extensión de estos conceptos con dedicación particular. En la mayor parte de "En torno al estudio de la religión griega" realiza este ejercicio a partir de las connotaciones del *fetichismo*. Sigue los significados atribuidos al término desde la acepción portuguesa *fetiço* (lat. *facticius*), reliquia "que comunica la buena suerte o defiende a su poseedor contra algún peligro", pasando por las explicaciones de K. A. Böttiger, Charles des Brosses, Augusto Comte (quien en su *Cours de Philosophie Positive* llamó fetichista al nivel inferior de las creencias religiosas), hasta la tesis propuesta en 1870 por John Lubbock (Lord Averbury), en *The Origin of civilization*. Su interés primordial de helenista queda agradecido al saldo informativo que le aportan las añejas teorías antropológicas, cuando concluye:

Por nuestra parte reservamos la denominación de "fetiche" a los objetos inanimados -piedra, trozos de madera, etcétera-, que merecieran adoración y no escasearon en Grecia.

⁵ A. Reyes, "Panorama de la religión griega" en *Estudios helénicos*, op. cit., pp. 99ss.

⁶ Ibid p. 104. Tiene que lamentarse, pese a la insistencia con la que Reyes menciona a J.E. Harrison, la ausencia de citas bibliográficas respectivas. Posiblemente corresponden a su notable obra *Prolegomena to the Study of Greek Religion*. Cambridge 1922.

El fetiche se ha significado a la atención de sus adoradores por las circunstancias de su hallazgo o por alguna peculiaridad física. Tal vez lo encontremos asociado al culto de un dios, o entendido como una representación de éste —aunque carezca en absoluto de forma humana—, o como uno de sus habitáculos. La santidad del objeto —puede haber precedido a la aparición del dios, o bien pudo derivar del dios que pareció más adecuado.

Enseguida, pasa a examinar brevemente la teoría sobre el culto a los difuntos de Herbert Spencer, y dedica a continuación un rápido comentario a la tesis animista sobre el origen de la religión que E.B. Tylor desarrolla en *Primitive Culture* (1871). Desde luego, este padre fundador de la etnología no es analizado en el marco de su cuadrante racionalista; se le valora, eso sí, como un notable experto, coleccionador de documentos. Pero no debemos olvidar que leemos a un pensador que mira a la antropología desde el periscopio de su “topografía general del saber”; de afuera hacia adentro, con las ventajas sinópticas y los riesgos particulares que implica la generalidad. Por lo mismo, no es pertinente confrontar la síntesis del pensamiento de Tylor que propone Reyes con los estudios altamente especializados (como los de A. Lang, Ad. E. Jensen o R. H. Lowie). Considero dicho resumen una excelente muestra de su magistral visión integradora —que no ecléctica—, manera de razonar y de escribir en donde (como bien apuntara J. W. Robb) “crítica y creación dialogan y se armonizan en mágica alquimia”.

Instrumento magistral para separar lo fundamental de lo accesorio, la pluma de Alfonso Reyes explica los aportes de la arqueología al estudio de la religión griega, recordando que estos progresos arrancan de las investigaciones en Babilonia y Asiria. Menciona las rivalidades teóricas entre los miembros de la escuela del pan-babilonismo y la escuela del mito-astrol, sinuosos galimatías que revivieron las viejas tesis de la filología comparada e impulsan las corrientes difusionistas extremas. Ciertamente, como acota nuestro autor, estas ideas fecundan en G. Elliot Smit y W. J. Perry que ubicaron el foco civilizador de la humanidad en el antiguo Egipto. Cuánto hubiéramos apreciado un breve comentario de Reyes a las controvertidas (y, afortunadamente, ya superadas) lucubraciones⁸ de estos autores que decretaron objetos meramente pasivos, carentes de toda inventiva, a los pueblos que habitaron más allá del Nilo. Quedan ahí para la historia del pensamiento antropológico (dignas de una amena novela) *In the Beginning; the Origin of Civilization* (1928) de G. Elliot Smith, y *The Children of the Sun* (1923) de W. J. Perry.

La noción de *totemismo*, largamente debatida en el cuerpo de conocimientos antropológicos, merece también un breve comentario de Alfonso

⁷ “En torno al estudio de la religión. . .” *op. cit.*, p. 146.

⁸ Véase A. Reyes, *ibid.* p. 147-48; J. W. Robb, *Por los caminos de Alfonso Reyes*, Ed. INBA-EDUVEM, México, 1981 p. 56.

Reyes, especie de entrada para referirse a las ideas de J. G. Frazer, uno de sus autores más admirados. Sigue el debate de su significación religiosa y social en J. F. MacLennan (aunque sin citar *The Worship of Animals and Plants*, 1869), Roberston Smith, F. B. Jevons, y menciona apresurado a S. Freud y S. Reinach. Las ideas de Frazer sobre el tema las remite a su célebre obra *The Golden Bough* (primera edición 1890; 3ra. ed. 1911-11, 12 volúmenes), y no a sus antecedentes *Totemism* (1887) y *Totemism and Exogamy* (1910), gigantesco tratado en cuatro tomos. Al parecer utilizó la edición abreviada de *La rama dorada*, que editara el Fondo de Cultura Económica en 1944. Leamos este breve párrafo en el que erudición y oficio literario se concilian en la sencillez y refinamiento inherentes a su prosa:

(...) Frazer, trepando su montaña de documentos, llegó a esta conclusión: El tótem no era objeto de adoración. En torno a la estructura totémica, se perciben muchas otras prácticas que, de hecho, cuadran más con los preámbulos de la religión, y tales prácticas se reducen a la magia (...). La probidad de Frazer lo llevó a confesar más tarde que había encontrado algunos ejemplares de tótem entendido como objeto de culto.⁹

Alfonso Reyes no llegaría a leer las conclusiones propuestas en *El totemismo en la actualidad*, revelador y definitivo texto que Lévi-Strauss publicara en 1962, tres años después de su muerte. Imaginamos cuánto interés le hubieran despertado las hipótesis del maestro de la moderna etnología francesa, especialmente su exploración del totemismo “desde dentro” a partir de las pistas analógicas contenidas en *Les deux sources de la morale et de la religion* de H. Bergson, y en el *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes* de J. J. Rousseau. En la “ilusión totémica” (una categoría falsa) —nos dice Lévi-Strauss— el pensamiento occidental tendría “una piedra de toque que hacía posible, en el seno mismo de la cultura, aislar al salvaje del civilizado”.¹⁰

Rigorismo injustificado, errónea proyección de las nociones modernas sobre el mundo primitivo, son limitantes advertidas por Alfonso Reyes en los enfoques antropológicos que debatían la primacía de los conceptos de *animismo*, *pre-animismo*, *magia*, *mana*, etc., para explicar los orígenes del pensamiento religioso y las características de la mentalidad primitiva. La reclamación no podía ser más clara:

Hay que irse con más cuidado y proceder a una asepsia previa si queremos ver el universo como lo veía el salvaje,

diría a tiempo de comentar la presencia de las ideas de Lévi-Bruhl y Emile

⁹ A. Reyes *ibid.* p. 151.

¹⁰ C. Lévi-Strauss, *El totemismo en la actualidad*. Ed. Fondo de Cultura Económica, Breviario 185, México 1965, p. 11ss.

Durkheim, capitanes de la sociología francesa, que "conocieron su minuto de gloria como 'las representaciones colectivas', 'la mentalidad prelógica', etc." La posterior controversia entre evolucionistas y difusionistas (A. Lang y el sacerdote W. Schmidt, en particular), intrincadas especulaciones sobre el pretendido desarrollo lineal, el monoteísmo ético y la idea de la creación divina, son referencias previas a su conclusión, plenamente vigente:

Pero, en suma, ha sobreandado en estas controversias, la necesidad de relacionar la antropología con la sociología y la psicología, para el mejor entendimiento de la mente y la religión primitivas.¹¹

Haciendo suyos los elogios de Jane Ellen Harrison a las "luces de la antropología y de la arqueología" que alumbrarían a los helenistas (en su opinión, "unos moradores de la sombra" hacia finales del siglo pasado) Reyes pasa breve revista a las supervivencias presentes en la religión de la Grecia Clásica. Ve en la piedra de Delfos, en el Omphalos, en los pilares pétreos que representan a Hermes, elementos del fetichismo. Advierte veladas huellas del totemismo en las transformaciones animalescas de Zeus; los "lobos" Liceo, Apolo-Liceo y Lico; las sacerdotisas de la Artemis Brauronia que se llaman "oseznas", etc. Pero procede con mesura y equilibrio; tiene en mente las exageraciones evolucionistas y difusionistas, los abismos sin fondo de la antropología victoriana, cuando advierte:

Sobraba razón al viejo Wilamowitz cuando, ante los excesos de la interpretación antropológica, y los 81 años de edad, clamaba contra este empeño de reducir la religión y la no-religión que la ha precedido, y de querer entender a Grecia a la sola luz de conceptos australianos o melanesios en vez de dejarse guiar principalmente por los conceptos griegos. No dice otra cosa el prudente Otto Kern, cuando nos previene contra la candorosa aceptación de todo relato sobre las costumbres primitivos, aderezado sin la menor disciplina crítica por cualquier viajero o misionero que muchas veces ignora hasta la lengua de las tribus por él descritas (...). Se dibuja, pues, una reacción contra el empeño sistemático de buscar las cosas fuera de su recinto. Ojalá que esta reacción tampoco resulta extralimitada (...). Las especies del conocimiento se fertilizan entre sí. Comparar no es un error. Sólo confundir es un dislate.¹²

El largo párrafo antes citado no es indicio de distanciamiento con el conocimiento antropológico. Se trata de una justa reflexión crítica que, al final, postula la importancia del método comparativo que caracteriza a la disciplina. Grecia despertó la curiosidad antropológica de Reyes y, recíprocamente, ésta le llevó a perfeccionar y enriquecer los procedimientos analíticos en su vocación helenística. Testimonio a favor de tal idea pueden ser los comentarios que hiciera llegar a Fernando Ortiz (ancestro primordial de la etnología cubana) en carta fechada del 19 de julio de 1950:

¹¹ A. Reyes, "En torno al estudio de la religión..." *op. cit.*, pp. 152-153.

¹² A. Reyes *Ibid.* pp. 157-158.

He quedado muy honrado y agradecido con la dedicatoria de *La "tragedia" de los Adánigos* (...). Lo he leído con fascinación y deleite, complaciéndome ver que, a cada encrucijada del camino, me encontraba yo con la Grecia de mis amores. Siempre me he esforzado en mi cátedra, en los nuevos estudios que preparo, etc. por rectificar ese humanismo de agua de azúcar que pretende darnos una Grecia llovida del cielo, sin raíces etnológicas con el antiguo Egeo, y en general con todo el pensar primitivo. Su monografía prueba y alimenta mis puntos de vista.¹³

Estas declaraciones, en las que se aprecia la importancia particular que los aportes antropológicos tendrían en el pensamiento de Alfonso Reyes, alcanzarían mayor detalle en su prólogo a *Los bailes y el teatro de los negros en el folklore de Cuba*, que Fernando Ortiz le solicitara escribir en 1950. Por esos años, los estudios afroamericanos en México cumplían su parvulario con la primera edición de *La población negra de México* (1946), obra pionera de Gonzalo Aguirre Beltrán. Retornemos al texto de Don Alfonso:

Vemos que tiene líneas comparativas, por ejemplo, entre los ritos africanos trasladados a Cuba y ciertas formas arcaicas que aún perduran en los días de la Grecia histórica. Los griegos muchas veces no entendían ya el significado original de tales celebraciones, o bien las interpretaban a posteriori mediante mitos etiológicos que representaban uno de los más ingeniosos ensayos de racionalización legados por la antigüedad. Felizmente, nuestro autor no quebranta las aduanas científicas, ni incurre en las fáciles y peligrosas hipótesis del "difusionismo", ni pretende nunca sacar conclusiones arbitrarias sobre quiméricos contactos entre culturas (...).¹⁴

III

En 1941, al presentar las conferencias de Pedro Bosch-Gimpera en el Colegio de México, Alfonso Reyes diría que la prehistoria y la arqueología "se abren hoy a nuestros ojos como un verdadero Nuevo Mundo". Los sumerios, acadios, egipcios, toltecas y mayas instalados en su grandeza civilizatoria, enseñaban "que hay otras formas posibles de concebir la vida".¹⁵ Esta idea está presente, también, en su ensayo "Poesía indígena" escrito en 1946, y cuya versión reelaborada fue incluida en *Letras de la Nueva España*. Ahí nuestro autor se explaya sobre las antiguas civilizaciones mesoamericanas, destacando las diferencias y semejanzas entre los pueblos del altiplano (azteca, zapoteca, tarasco, otomí. ...) y la civilización *materna*, la maya. Con la pipa de Mallarmé en la mano

¹³ Copia de esta carta se incluye en "Correspondencia de Alfonso Reyes con Fernando Ortiz", manuscrito que amablemente me facilitara Luis Angel Argüelles, del Departamento de Investigaciones Históricas, Biblioteca Nacional José Martí de Cuba.

¹⁴ A. Reyes, Prólogo a *Los bailes y el teatro de los negros en el folklore de Cuba*, de Fernando Ortiz. Ed. Letras Cubanas, La Habana 1981.

¹⁵ Véase A. Reyes, *Obras completas*. Ed. Fondo de Cultura Económica, t. VII, pp. 169-170. México 1958.

(de la que Reyes afirmaba que engendraba viajes) se introduce en el *Popol-Vuh* y los *Libros de Chilam Balam* ("Ramayanas y Mahabáratas de América"), el *Título de los señores de Totonicapán* y los *Anales Xahil*. Pasa, enseguida, a los himnos y cantares, y prosificaciones mexicanas. Sigue los textos de Sahagún, Durán, Torquemada, los *Cantares mexicanos*, guiado por la erudición de Angel María Garibay. Retorna así a las fuentes de *Visión de Anáhuac* (1917), milagro literario en donde la ruda paleografía se transforma en prosa transparente. Bien puede concluirse este breve comentario al referido ensayo, citando sus palabras —cargadas de orgullo y emoción— que inscriben los logros de las antiguas culturas de Mesoamérica en el cuadro del desarrollo civilizatorio universal. Al libro *La civilización maya* de S. G. Morley, su cercano amigo, remite la información fundamental:

La arqueología dista mucho de haber agotado sus sorpresas. Todavía, mientras se redactaba este ensayo, la zona mexicana daba de sí las pinturas del Paraíso de Teotihuacán (. . .) en la zona maya, las pinturas de Bonampak acaban de deslumbrar al mundo (. . .). Con respecto a la zona maya, todos saben algo de aquel calendario casi-juliano —anterior al de Europa—; de aquella cronología estupenda; de aquella astronomía familiarizada con las revoluciones y fases de los cuerpos celestes; de aquella numeración vigesimal; de aquella arquitectura monumental, florida y simbólica tan excelsa como la del Nilo; de aquella sociedad fundada en el equilibrio de clanes, que pesaba sobre la población de esclavos albañiles y picapedreros (. . .).¹⁶

Si nos atenemos al contenido de su conferencia "Posición de América" (leída en Nueva Orleans en diciembre de 1942 en ocasión del Tercer Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana) no hay duda que al inicio de los años cuarentas la antropología había flechado definitivamente al intelecto de Reyes. El estudio —publicado por *Cuadernos Americanos* en 1943— se cimenta, básicamente, sobre las premisas de la teoría antropológica de la cultura. Examina la posibilidad de que América pudiera ser cuna de una nueva cultura, tema que le fue asignado y en torno al cual, confiesa, hubiera deseado escribir entre signos de interrogación. Sus reflexiones siguen de cerca las señales que le transmiten los libros de dos grandes maestros de la disciplina: *The Study of Man: An Introduction* (1937) de Ralph Linton (entonces festejada novedad, hoy, un clásico), y el *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*, obra magistral de Fernando Ortiz (edición príncipe de 1940, con prólogo de B. Malinowski). De este tratado, nos parece que Reyes aprovechó el concepto *trasculturación*, neologismo que provocaría largas y fructíferas polémicas.

Las fechas de edición de los libros de R. Linton y Fernando Ortiz

¹⁶ A. Reyes, *Letras de la Nueva España, Obras Completas*, Ed. Fondo de Cultura Económica, t. XII, p. 286, México 1960.

confrontadas con el año en que Reyes leyó "Posición de América" son indicadores que denotan su interés por los aportes antropológicos, a más de evidenciar su actualización bibliográfica. Habría que explorar el grado de influencia que ejerciera en el Fondo de Cultura Económica para la edición castellana del libro de Linton (1942), gracias a la excelente versión de Daniel F. Rubín de la Borbolla. Y más aún: investigar si la obra de F. Ortiz fue referida en la antropología mexicana antes de la temprana cita de Reyes en 1942, lo que de ser afirmativo, significaría una agradable sorpresa. Lo que debe darse por seguro es que Aguirre Beltrán -afroamericanista al fin- sería el primero en formular una profunda reflexión crítica a las ideas del destacado etnólogo cubano, debatiendo la noción de *trasculturación* en su obra *El proceso de aculturación* (1957). En *La población negra de México* (1946), otro de sus principales libros, se citan *Los negros esclavos* y *Glosario de afronegrismos*, que F. Ortiz publicara en La Habana en 1916 y 1924, respectivamente. No hay, sin embargo, mención a *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*. A la reveladora luz de estos hechos, habrá de valorarse la cercanía de Alfonso Reyes con el pensamiento antropológico de su tiempo, así como su talento y habilidad para integrarlo en la fragua de sus preocupaciones literarias y filosóficas. Precisamente en "Posición de América" estamos ante uno de los más logrados ejemplos de sus tejidos de ideas, referencias eruditas, matices de humor, entramado que sigue los postulados antropológicos sobre la cultura, como lo he dicho antes. Invito al lector a consultar el capítulo XVI ("Participación en la cultura") de la citada obra de Linton, y a dirigir su atención, posteriormente, al ensayo citado para constatar cómo las propuestas y reflexiones del antropólogo crecen, se potencian, alcanzan concreción y se enriquecen con el ejemplo, al ser retomadas por la pluma elegante y certera de quien -al sabio decir de Jorge Luis Borges- renovó la prosa castellana.¹⁷

Los contenidos y propósitos específicos de las disciplinas antropológicas motivaron, también, la atención de Reyes. En el texto introductorio a *Religión Griega* (fechado en 1950), al examinar las fuentes necesarias para la investigación, señala que la arqueología, después de cubrir el tránsito de la prehistoria a la historia ("oscuro y conjetural") tiene como destino convertirse en historia del arte. Dedicada, a continuación, un amplio razonamiento al papel de la etnología, la cual

(...) no es una fuente, sino una interpretación de las fuentes, ha contribuido al estudio de las supervivencias primitivas, cuajadas en el seno de la religión clásica como ha cuajado

¹⁷ Consúltense A. Reyes, "Posición de América" en el libro del mismo título editado por CEESTEM/Nueva Imagen, pp. 49-72, Prólogo de M. Robles. México, 1982.

en el ámbar el insecto de una especie desaparecida. Conviene empezar por la etnología, la más hipotética reconstrucción de un pasado que es, en sustancia, anterior a Grecia.¹⁸

No detiene ahí su exposición de evidente sentido frazeriano. Crítica, enseguida, las miopías arqueográficas, es decir, los enfoques meramente descriptivos afectados por pretendidas razones de objetividad compradas a crédito en el mercado de las ciencias de la naturaleza. Su opinión, como se advertirá a continuación, se dirige a los arqueólogos que perdidos en los *tepalcates*, son incapaces de ver las vasijas:

*La etnología suele ser considerada con recelo por los puristas de la arqueología, y por los retardatarios del humanismo. Los primeros quieren describir sin interpretar, privándose de todo derecho a la inferencia, al punto que podrían hacer suya la declaración de Goldenweiser sobre la antropología, y resumir su credo asegurándonos que la arqueología no se ocupa del pasado, sino del presente: de la piedra que se descubre y no de lo que ella significa. Los segundos se manifiestan personalmente ofendidos cuando se les enfrenta con algún residuo de salvajismo en las costumbres de Grecia. ¡Como si no los hubiera en cualquier pueblo contemporáneo! También las gentes que formaron a Grecia fueron un día salvajes, y el estudio de la etnología primitiva permite entender lo que la razón griega no explica.*¹⁹

La parte final de este párrafo es en realidad, el inicio de un largo comentario en el que Reyes critica las posiciones etnocéntricas y racistas con amplia vigencia en aquellos tiempos. Argumentando como lo haría un etnólogo, explica la teoría de los paralelismos culturales y al llegar a este punto cita *La "tragedia" de los náñigos* de F. Ortiz, advirtiendo semejanzas entre "los ritos griegos más conservadores y ciertas representaciones afrocubanas". En su opinión, prescindir de la etnología en los estudios helénicos es una actitud orientada a salvar "el honor del ario".

A lo largo de toda *La religión griega* Reyes incorpora los aportes de las diferentes disciplinas antropológicas. Se explican en detalle usos y costumbres a partir de nociones especializadas (*patrilineismo, endogamia, fetichismo*, etc.) La numismática, la estatuaria y la epigrafía son señaladas como aportes de la investigación arqueológica. Las creencias populares se presentan como cimiento de la religión canónica y del arte. El capítulo VII es un documentado inventario de las singularidades hieráticas (la prostitución y la mutilación), escrito en base a fuentes de primera mano y estudio antropológico de G. Dumézil, P. Kirsche, A. W. Persson, y sobre todo Frazer, a quien critica sus puntos de vista sobre el mito y ritual de Atis, en base a las noticias de Tertuliano.²⁰

¹⁸ A. Reyes, *Religión Griega, Obras Completas*, Ed. Fondo de Cultura Económica, t. XVI, pp. 21-22, México, 1964.

¹⁹ Refiere a A. Goldenweiser, *Anthropology*, Londres, 1937. A. Reyes, *Religión griega*. . . p. 22.

²⁰ A. Reyes, *Ibid.* pp. 277-278.

Es en un breve ensayo titulado "El personaje de este drama" (publicado en 1955 y reproducido en *Andrenio: perfiles del hombre*) donde Alfonso Reyes expresa su concepción más amplia y elaborada sobre la antropología. Se trata de una visión de claro contenido filosófico, elaborada a partir de la discusión de las diferentes formas de conocimiento que llevan a entender al ser humano, observado en su dimensión más general.

En el inventario de las disciplinas que se ocupan del estudio del hombre, Alfonso Reyes definió la tarea de la antropología en términos de una ciencia integradora. Del conocimiento del cuerpo asignado a la anatomía y a la fisiología, pasa al del espíritu relacionado a la función vital que corresponde a la psicología. De ahí al campo del pensamiento que atiende la lógica; al de la conducta personal propia de la ética y al de la asociación con sus semejantes examinado por la historia, la sociología, la economía, etc. Advierte que:

(...) cuando todos estos aspectos, actividades y modalidades que muestra el hombre son consideradas, a su vez, en conjunto y en lo que tienen en común y específico para hacer del hombre un ser humano, entonces el estudio que así los considera se llama antropología; o mejor antropología filosófica, para dejar de lado la antropología como estudio de ciertos caracteres sociales que sirvan de base a las culturas y en que con frecuencia se acude, para reducir el caso a su más simple y fundamental expresión, al ejemplo de las agrupaciones primitivas. Esta ciencia de la antropología filosófica, y aún la antropología particular, comienzan pues, donde termina el poema de Goethe, *Mesa abierta*.²¹

Vista en el plano de su contenido general, la visión de la antropología propuesta por Alfonso Reyes corresponde al objeto de estudio y a la orientación cognoscitiva de la disciplina. Aún más: el sentido de su razonamiento es semejante al que, desde la posición que le confiere su elevada autoridad de especialista, expresara Lévi-Strauss:

Ocurre como si la antropología (...) lejos de aparecer en el escenario del desarrollo científico como un cuerpo autónomo que reivindica su lugar entre otras disciplinas, cobrara formas un poco a la manera de una nebulosa, incorporado progresivamente una materia hasta entonces difusa o repartida de otro modo, y determinando, por efecto de esta misma concentración, una redistribución general de los temas de investigación entre todas las ciencias humanas y sociales.²²

El punto donde el pensamiento de Reyes es incompleto refiere a su perspectiva de las características que definen lo humano. Prioriza en su definición "lo que tienen de común y específico" los hombres, como objeto de estudio antropológico, dejando de lado un aspecto sustantivo: el de las diferencias. El antropólogo no puede limitarse a determinar lo que las

²¹ A. Reyes, *Andrenio: perfiles del hombre*, op. cit., p. 405.

²² C. Lévi-Strauss, *Antropología estructural*, Editorial Universitaria, Buenos Aires, 1968. p. 311.

distintas culturas tienen en común, ni circunscribirse a señalar aquello en lo que difieren. Debe buscar explicación a lo que las diferencias advertidas en las sociedades tienen en común, para decirlo precisamente con palabras de Lévi-Strauss. Al determinar las claves de las diferencias culturales, este procedimiento analítico impide la formulación de razonamientos dirigidos a dilucidar tales diferencias en términos de inferioridad o de desigualdad, categorías de primera importancia en las teorías antropológicas afectadas por ideologías u objetivos colonialistas.

Retornando al contenido del razonamiento de Reyes en relación al ámbito de estudio que corresponde a la antropología, es necesario detenerse en el símil propuesto: esta disciplina (en su sentido filosófico o particular) comienza donde termina el poema *Mesa abierta* de Goethe. La imagen comparativa fue seleccionada en forma, por demás, admirable. Dice, explicando el detalle y sentido del poema:

Como la sopa se está consumiendo y el asado corre ya riesgo de quemarse, el poeta, que sólo había deseado convidar a los sabios, a los principales, a los prudentes, acaba por ordenar a su criado, viendo que ninguno se presentaba al banquete, que abra las puertas de par en par y deje entrar en montón a todos los paseantes, sean como fueren. *La Antropología acepta al hombre como el conjunto de su ser, tal como es y sin pedirle cuentas.*²³

Se trata del hombre total, coordinada de tiempos y espacios; punto cardinal de modos de ser y de pensar. Y toca estudiarlo a una disciplina, por lo mismo, integradora del conjunto de conocimientos que son inherentes a su condición y conducta. En este orden de ideas la referencia a Goethe no es gratuita. Considerado como el último gran talento universal de Europa, fue una de las figuras intelectuales más admiradas por Reyes. Con razón Martha Robles diría que "identificó lo esencial de su espíritu con lo fundamental de Goethe."²⁴

Cierto, la obra de Alfonso Reyes ofrece muchas más posibilidades para una lectura antropológica que las que se han elaborado en los cortos límites de este ensayo. He pretendido atraer la atención sobre un filón de esa enorme veta, acaso todavía no apreciada en toda su riqueza y complejidad humanística. El pensamiento de Reyes espera todavía de detenidos y acuciosos estudios. Exploraciones a profundidad, capaces de develar sus contenidos, aportes cognoscitivos y contradicciones. Los planos y perfiles, las profundidades y cimas de una montaña mágica. La grandeza del escritor ha proyectado su formidable sombra sobre la figura del pensador; precisa equilibrar los términos de esta ecuación. A esta tarea contribuirán aquellas

²³ A. Reyes, *Andrenio: Perfiles del hombre*. . . op. cit., p. 405. El subrayado es mío. (F.B.J.).

²⁴ M. Robles, *Prólogo a A. Reyes, Posición de América*, CEESTEM/Nueva Imagen, México, 1982, p. 11.

ópticas que descubran las claves del intelecto Alfonsino. Y es este el caso de Roger Bastide, quien, para explicar las raíces del nacionalismo mexicano, se apoya en el transfondo ideológico que alimenta una de sus más logradas obras. Señala el destacado antropólogo francés:

Ifigenia cruel, una pieza de Alfonso Reyes escrita en 1924 (...) expresa el programa que se asigna a México en trance de tomar conciencia de sí mismo. Ifigenia, llevada a Táuride por los dioses, se ve un día asediada por dos deberes contrapuestos: matar a su hermano náufrago, tomando en cuenta su condición de extranjero, o salvarlo, puesto que es su hermano, y huir con él. También México se ve atrapado entre dos deberes, en el momento mismo en que se constituye como entidad nacional: observar la ley azteca y dar muerte a la cultura española, o, por el contrario, rescatar a esta cultura, que es extranjera pero se ha convertido en cultura hermana (...)²⁵

Armonizando en sus páginas erudición y belleza –convidado, al fin, del maestro Goethe–; repleto de enigmas y densas nebulosas filosóficas, el pensamiento humanista de Alfonso Reyes espera la crítica resultante de nuevas e inteligentes lecturas. No olvidemos que encabeza la nómina de nuestros clásicos modernos.



²⁵ R. Bastide, *El prójimo y el extraño. El encuentro de las civilizaciones*. Amorrortu Editores, Buenos Aires 1973, p. 311.

